

LA NOVELA

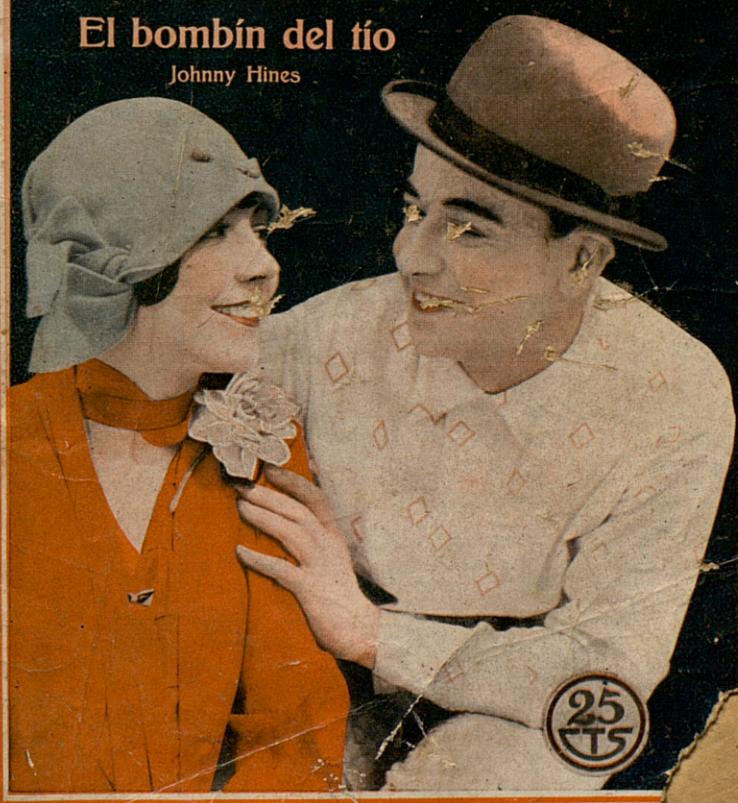
40



METRO-GOLDWYN
CORPORATION

El bombín del tío

Johnny Hines



25
CTS

HINES, Charles



La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de
Núm. METRO-GOLDWYN-MAYER 25
40 :: y FIRST NATIONAL :: Cént.

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 4423 A - Barcelona

EL BOMBIN DEL TIO

(THE BROWN DERBIE HAT, 1926)

Divertida comedia
interpretada por
JHONNY HINES y DIANA KANE,
entre otros.

ES UN FILM
FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDO POR

Metro-Goldwyn Corporation
MALLORCA, 220 — BARCELONA



El bombín del tío

Argumento de la película

El mundo es de los audaces. Los hombres de carácter decidido vencen obstáculos, conquistan a las multitudes e inspiran confianza y respeto a los que les rodean. ¡Cuántas veces un éxito que parecía asegurado se ha convertido en el fracaso más absoluto a causa de la timidez y la indecisión!

Prudencio Redondo era un hojalatero de gran porvenir pero de presente vacilante. En la actualidad sus dineros eran escasos y se iban cantando como los del sacristán.

Su aprendiz llamado Bob, era un optimista que todo lo veía de color de rosa... menos cuando se miraba al espejo. Porque era negro...

más negro que el carbón su rostro. Entonces las ilusiones desaparecían para dejar puesto a la realidad.

—Necesitamos una tienda mayor, patrón — le decía con frecuencia, contemplando las cuatro paredes ennegrecidas del taller—. Tendríamos más trabajo.

—No quiero exponerme... estamos bien como estamos — le respondía Prudencio.

Y así se pasaba la vida, sin ambiciones de ningún género...

Cierta tarde, el bueno de Prudencio, que haciendo honor a su nombre era prudentísimo, recibió una carta que decía así:

Acuda mañana a las once al número 417 de la calle Mayor. ...

Jeremías Gómez.

¡Extraño mensaje! Allí vivía su difunto tío... No volvió a preocuparse del recado hasta el día siguiente a la hora convenida en que marchó a la calle Mayor.

Prudencio tenía un sidecar y en vez de cesta usaba una bañera antigua que había adquirido por cuatro cuartos en unos encantes. Se aposentó en el vehículo acompañado de Bob, el gran bobo de aprendiz...

El número 417 de la calle Mayor era la residencia de don Matías Redondo, un tío de Prudencio, que había muerto contra su voluntad.

Redondo había muerto cansado de rodar por el mundo.

Ante la casa formaba una hilera compuesta de algunas docenas de personas. Todas con rostros compungidos, severos, graves... Prudencio comprendió al fin de que se trataba. Seguramente eran presuntos herederos del pariente rico. Pero, ¡diablo! también él rodaba hacia tiempo y era más redondo que una naranja. ¿No tenía tanto derecho como los demás a la herencia?

Prudencio quiso colocarse en primer lugar, diciendo:

—Soy el hojalatero.

Pero le hicieron partir de allí obligándole a ocupar un puesto en la cola.

Salió el criado de Don Jeremías, el albacea testamentario, diciéndoles que tendrían que esperar todavía un rato.

Prudencio fué a su encuentro preguntando de qué se trataba. El era el hojalatero, ¿comprendía? ¿Había caído algo?

—Es que usted es también uno de los herederos del finado Matías Redondo — le explicó el criado.

—¡Caracoles!

Loco de alegría, advirtió Prudencio a su aprendiz lo que estaba sucediendo.

—Figúrate tú. ¡La Biblia en verso! Mi tío Matías, al parecer se ha acordado de mí en el testamento.

—Repámpanos! Cómo le haya dejado a usted una fortuna no volveremos a trabajar — dijo el negro.

—¡Que te crees tú eso! — respondió el joven Prudencio, repentinamente entristecido. Me habrá dejado... recuerdos.

—¡Quién sabe!

—¡Tú verás! Antes no me llega a mí el turno, toda esta gente que tengo delante se habrá apoderado de cuanto haya de valor... Va a parecer eso el puerto de Arrebatacas.

Pero una vez más se cumplió la profecía bíblica: Los últimos serán los primeros.

El criado abrió un balcón que estaba junto al sitio donde se hallaba Prudencio ordenando que comenzasen todos los herederos a entrar. Como Prudencio era el que se hallaba más cerca, entró antes que nadie.

El despacho de Matías que ocupaba ahora el albacea testamentario pronto se vió lleno de cuervos... es decir de herederos... Don Jeremías comenzó a repartir a todos objetos y recuerdos... Prudencio temblaba de emoción. ¿Qué le habría dejado su señor tío?

Don Jeremías le mostró una carta del difunto.

“Querido Jeremías: Dejo a mi sobrino Prudencio mi bombín color café que como

sabes tiene las propiedades de un verdadero talismán. Aunque yo no he creído nunca una palabra de estas supersticiones, quiero tratar de vencer con su influencia taumaturgica la gran timidez de mi sobrino. Si necesitara tu ayuda material no le abandones nunca. Tu amigo

Matías Redondo."

Jeremías entregó a Prudencio un paquete cuidadosamente envuelto que Redondo cogió mirándolo con emoción. Rompió el papel y dejó ver un bombín de tono entre café y chocolate. Una gran desilusión se apoderó del hojalatero al ver la herencia. ¡Maldita sea! Pero si el que nace para ochavo...

—A usted le ha dejado la prenda más valiosa, señor... — dijo Jeremías.

—Valiosa, ¿eh? — dijo enfurecido Prudencio. — Y no tendré que pagar ningún impuesto por derechos de herencia?

—No, hombre, no...

Los demás herederos se reían de la tomadura de pelo del tío Matías... ¡Un sombrerito y de la época de María Castaña!... ¡Valliente regalo!

—¡Eh, no se rían ustedes! — protestó Jeremías. — Este sombrero fué para Matías Redondo el símbolo de todo éxito.

—¿Es posible? — dijo Prudencio.

—Ya me dirá usted sus resultados. No

había negocio o incidente que no terminara felizmente gracias a la influencia de este sombrero.

—Pues encantado de tenerlo... Veremos si me da suerte como una varita mágica.



...un paquete cuidadosamente envuelto...

Y con tan precioso regalo salió de la casa. En la calle tropezó con un caballero quien por toda contestación le dió una formidable bofetada que le derribó en tierra. Matías se levantó para responder a la agresión y apenas hubo establecido contacto en-

tre su puño y la cara del fornido adversario, éste vino al suelo sin conocimiento... si es que lo había tenido alguna vez...

¡Diablo! Prudencio que llevaba ya puesto el sombrero se maravilló de haber vencido a su contrario. ¿Es que comenzaba el bombín a desarrollar su milagroso poder?

Acercóse el aprendiz, quien viendo que su amo se ufanaba de haber vencido instantáneamente a su rival, exclamó para sí:

—¡Vaya con el hombre! ¿Y la llave inglesa que le tiré yo?

Porque Bob había lanzado una llave sobre el enemigo de Prudencio, siendo esa la causa de que el enemigo le fuera a hacer una visita de ida y vuelta a los angelitos.

—Decididamente — dijo Prudencio —. No hay duda de que el bombín me ahorrará muchos dolores de cabeza.

Y así fué. Porque alguien echó contra él unas losetas que por fortuna cayeron sobre el bombín en vez de hacerlo sobre la durísima corteza del cerebro de Prudencio.

Marchó en el "side bañera" y corrió hacia la tienda. En una de las frecuentes interrupciones de la circulación vino a chocar con un automóvil sin otras consecuencias que llevarse una chapa metálica que aquél tenía colocada en el radiador. Esta chapa era una insignia de la policía y quedó pegada en la bañera...

Prudencio se maravilló al ver que todos los guardias le saludaban creyendo que era un vehículo oficial.



—No hay duda de que el bombín me ahorrará muchos dolores de cabeza.

—El bombín hace milagros — se decía Prudencio —. Ya ves, Bob, hasta los policías me saludan.

Y el hojalatero estaba encantado con el

regalito. No había duda de que aquel sombrerito dejaba tamañito a todos los ídolos de la antigüedad... ¡Un bombín que era un milagro constante!

Al llegar ante su tienda, el "side" patinó



—Ya ves, Bob, hasta los policías me saludan.

y vino a empotrarse contra el escaparate de un fotógrafo, rompiendo el cristal y tirando por el suelo las postales expuestas en su interior.

Prudencio hubo de excusarse asegurando

que ya pagaría los vidrios rotos... y al ir a colocar en su sitio unas fotografías, vió la de una lindísima muchacha que había estado expuesta desde hacía algún tiempo.

—¿Me da este retrato? — le preguntó al fotógrafo.

—¡Quédesele usted!

A Prudencio le pareció que necesitaba también la dama de sus pensamientos como un caballero del bombín y entró en su tienda con la imagen bellísima de aquella desconocida.

Estaba seguro de que iba a comenzar una vida nueva. ¡El bombín y el retrato le darían la felicidad!

**

Dejó el retrato sobre una mesa después de contemplarlo largo tiempo.

Llamaron al teléfono y Prudencio corrió al aparato. Una señora le rogaba que fuese inmediatamente a su casa, pues tenía una cañería averiada (la cocina, no la señora).

Ya había telefoneado el día anterior y era cosa urgente.

—Excúseme, señora. He tenido mucho

trabajo. Pero tendrá usted el baño arreglado dentro de poco.

Preparó su maletín de herramientas y dijo a Bob:

—Dame la dirección de esa señora, la dejé ayer encima de la mesa.

El aprendiz buscó sobre la mesa, sin encontrarlo, el papel en que estaba escrita la dirección, cuyo papel había volado por una ráfaga de aire... Pero vió el retrato en cuyo dorso había unas señas, y distraído y sin encornerarse a Dios ni al diablo, se las transmitió a Prudencio.

—La señora de la bañera se llama Lucrecia García y vive en la calle del Clavel, número 23.

—Bien, chico...

Arreglado ya su maletín de faena y después de colocarse el sombrero hongo, subió al "side" y marchó a la calle del Clavel.

¡Si hubiese sabido que Bob se había equivocado y aquella dirección era la de la dama del retrato!

Esta muchacha, Lucrecia, era como una especie de sol... La criatura más hermosa que darse pueda. Pero como toda medalla, tenía su reverso... Y en este caso el reverso era su tía Robustiana García, una de las causas del impuesto a la soltería masculina. Tan fea, que era preferible arruinarse antes que decirle que sí.

Aquella mañana Robustiana advirtió a su criado:

—Ramón, estamos esperando al señor O. K. Latero, de Australia, que llega hoy.

Y luego comentó con su sobrina:

—Latero no puede tardar en llegar... Creo por cierto que tu tío es muy original. Se ha pasado la vida en Australia... yo no le conozco... ni le he visto nunca.

Leyeron ambas la carta que habían recibido el día anterior:

“He reservado habitación en el Hotel Royal y siendo ésta la primera vez que visito América, creo que me voy a divertir mucho.

Cariñosamente

Orestes K. Latero.”

Mientras ellas hablaban, llamó a la casa Prudencio Redondo, creyendo que tenía que arreglar una bañera.

El criado Ramón abrió la puerta, y Prudencio dijo sonriente, mostrando su maletín de trabajo:

—Soy el hojalatero...

—Oh, el señor Latero! — dijo el criado, emocionado —. Pues hace tiempo que lo estamos esperando y nuestra alegría es inmensa.

—¿Están alegres?

Y su sorpresa rayó en extraordinaria al

ver a una muchacha elegantísima, precisamente la misma del retrato, que se llegaba a él con los brazos abiertos y le decía:

—¡Mi querido tío... pero qué joven!

—Yo... ¿Usted mi sobrina?

No había tenido tiempo de discurrir más, cuando apareció doña Robustiana, quien exclamó con vivísimo interés:

—¡Orestes... qué simpático y qué guapo!... ¿Y qué tal por Australia? ¿Va bien aquello?

—Ah, perfectamente! — contestó el joven sin saber de lo que le hablaban.

—Oh, tío... tío! — siguió diciendo Lucrecia.

Y como él sintiese el contacto sedoso de los labios de ella junto a su piel, pensó que era preferible seguir aquella equivocación incomprensible, y ser el tío que llegaba de Australia. Era menester mostrarse audaz.

Sentóse con las damas en un sofá y procuró rechazar a doña Robustiana cuya compañía le era francamente poco agradable. Al cabo de unos minutos, Prudencio olvidando toda prudencia había contado más cosas de Australia que cualquier historia de Australia. Pero era interesante seguir aquel plan milagroso, aquella consideración cuya influencia seguramente se debía al famoso bombín del tío.

—Esta tarde doy un te en tu honor —

dijo doña Robustiana. — Vete corriendo al hotel para vestirte. Porque supongo como decías en tu telegrama que te hospedas en el Hotel Royal.

—¡Ah! sí... precisamente en el Royal...

Turbadísimo, pero con la alegría de proseguir aquella broma hasta donde las circunstancias lo permitiesen, volvió a su casa después de besar con verdadero cariño a su postiza sobrinita y a la antipática doña Robustiana.

Su aprendiz, el negro Bob, escuchó las palabras disparatadas de su amo, creyendo que se había vuelto loco.

—Sí, sí, ella se cree que soy su tío y me abraza y me besa... — decía Prudencio.

—¡Oh! tengo que volver a su casa, pues me obsequia con un te, ¿pero con qué traje me presento?

Vió de pronto un tercio sobre una mesa y exclamó atribuyendo de nuevo al bombín tan milagrosas cosas:

—¿De quién es ese traje?

—Lo dejó un caballero para el sastre de al lado que salió a almorzar...

—¡Estupendo! ¡Rápido! Calienta el hierro de soldar... y a ponerme elegante.

Y en pocos momentos planchó con el hierro de soldar la americana y los pantalones, y luego con un martillo acabó de comple-

tar su obra, quedando la ropa tiesa como si fuese de metal.

Vestido ya con elegancia, subió a su original "sidecar" y se hizo conducir a la barbería... Una barbería moderna... donde los clientes salían verdaderamente pelados.

Mientras aguardaba su turno, escuchó la conversación que sostenía la manicura de la peluquería, una tal Encarnación, con un sujeto llamado Roberto Travieso que era un fresco travieso con mucha labia.

—Esmérate, Encarnación — le decía él poniendo ante sus ojos las uñas—. Estoy de noviazgo. Una heredera con muchos millones con la que me voy a casar pronto.

—¡Tienes audacia, Roberto! ¡Decírmelo a mí!

—¡Bah! ¡No te enfades, criatura!... Mi boda nada cambiará entre nosotros. ¡Lo que yo quiero es el dinero de la otra!

Pensó Redondo en la frescura de aquel hombre, pero como le tocaba el turno, fué a sentarse en un sillón.

El Fígaro dejó como nuevo a nuestro héroe y éste marchó precipitadamente a casa de su inesperada sobrina.

La casa estaba llena de invitados. Su sorpresa fué grande al ver a Lucrecia, su sobrinita, hablando con Roberto Travieso, el fresco de la barbería.

Travieso parecía muy enamorado de ella

y Redondo sintió repentinos celos, aumentados aún después de haber escuchado la conversación de aquel cínico con la manicura.

Fué a ellos y separó a Travieso de Lucrecia.

—Quisiera hablarte a solas... Lucrecia... Tengo algo que decirte.

—¡Oh, dime, queridito tío!...

Lucrecia fué a pasear por el jardín del brazo de Redondo.

El joven hojalatero, deseoso de confesar la verdad, pues no quería engañar a una muchacha a la que tanto quería, dijo:

—Lucrecia, yo quiero confesarte...

En aquel instante apareció Travieso ante ellos, lanzándoles una mirada furibunda.

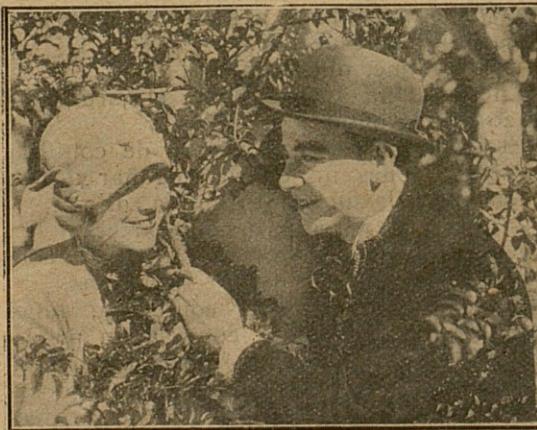
Temeroso de que si confesaba, aquel hombretón le castigaría como a un pelele, prefirió seguir la farsa y mostrarse audaz.

—Pues decía que... que no... que no estoy tranquilo; que te hace falta la protección de tu tío.

—Es cierto, títo... Yo creo que vamos a simpatizar mucho...

Pero Travieso acercóse a la muchacha y la invitó a bailar. Quedó el tío postizo pensando en cómo lo haría para salir de aquel lío extraordinario en que estaba metido.. Lucrecia le gustaba mucho, y era preciso ser muy osado para ganar su amor.

Paseando por los salones vió a una pareja muy enamorada. Ella era Beatriz Gómez, que se moría por el casorio, y él, Paco Tomares, al que le ocurría algo parecido y que, además, tenía sesenta años.



—Lucrecia, yo quiero confesarte...

—Nos fugaremos esta noche... — decía él — pasaremos la luna de miel en el Gran Hotel... pero no tenemos padrinos.

Beatriz vió pasar a Redondo y dijo con repentina entusiasmo:

—El tío Orestes K. Latero será un padrino ideal... ;No te parece?

Fueron a él y le contaron lo que les sucedía. Redondo aceptó de buen grado.

Marchó el novio Tomares para preparar los documentos necesarios y Redondo quedó al lado de Beatriz, hablándola y observándola con unas pastas. Pero la mujer bostezaba continuamente, deseando que volviera su enamorado galán.

Vuelto ya Tomares, una hora más tarde, salieron en automóvil los dos novios, Lucrecia, Redondo y Travieso.

Volaban rápidos en busca del amor y todos llevaban prisa.

**

Se detuvieron ante la casa de un pastor. Pero en esta vivienda ocurrían acontecimientos importantes. Un ladrón había amordazado al sacerdote, apoderándose del dinero que éste tenía en la mesa. Cuando iba el caco a escapar, llamaron a la puerta los que pretendían celebrar una boda.

El ladrón no pudiendo huir optó por el procedimiento de la farsa y después de en-

cerrar al sacerdote en una cercana estancia, apoderóse de una levita del cura y simuló que él era el verdadero pastor.

—Mis amigos tienen una prisa loca por



...obsequiándola con unas pastas .

casarse — le dijo Redondo, una vez todos en el despacho.

—Yo también tengo prisa, señores... De modo que manos a la obra — dijo tranquilamente el ladrón.

Cogió una Biblia y simulando todas las oraciones del caso, les hizo dar varias vuel-

tas por el despacho procediendo luego a bendecirles con grandes aspavientos.

—¡Bueno...! — dijo a Beatriz y a Tomares—. ¡Ya sois marido y mujer!... ¡Que os vaya bien y seáis muy felices!

Los novios, ilusionados y locos de amor, se despidieron de sus amigos.

—¡Qué feliz soy! — decía él—. ¡Vámonos! ¡Tengo reservadas habitaciones en el Gran Hotel!

Y partieron solos los recién casados...

De pronto apareció en el despacho el verdadero sacerdote que había logrado desatarse y daba unos gritos tremebundos.

—¡Ese hombre es un impostor, un farsante! — dijo señalando al ladrón—. ¡A los ojos de Dios no sois marido y mujer!...

Porque como viese que iban del brazo Redondo y Lucrecia, creyó que éstos eran los verdaderos novios, ignorando que Paco Tomares y Beatriz, que ya habían salido, eran los casados por el suplantador.

El ladrón no perdió la serenidad.

—Señores, no le hagan caso — dijo—. El que está completamente loco es ese sujeto... Es mi ayudante... y el pobre perdió la razón una vez que llovió...

—¡Canalla, ladrón... embuster!... — decía el verdadero cura—. Yo no puedo permitir eso. Yo les voy a casar ahora mismo.

Y el auténtico sacerdote juntó las manos

de Redondo y de Lucrecia, y cogiendo una Biblia quiso casarles.

—Pero... ¿qué hace ese hombre? — dijo Travieso, asustado—. ¡Es que les va a casar?

—¡Oh, no se disguste! —dijo el ladrón—. Es un pobre loco... Sigan la corriente.

Y el sacerdote calándose los lentes, casó real y verdaderamente a Lucrecia y al joven Redondo.

Apenas se hubo celebrado lo que los novios creyeron el acto de un perturbado, Redondo, Lucrecia y Travieso se alejaron de allí hacia el Gran Hotel en busca de los esposos para contarles el incidente.

Al quedarse a solas el ladrón con el sacerdote, el primero estalló en una formidable carcajada.

—¡Lo hice mejor que usted... yo casé al verdadero matrimonio, mientras que usted metió la pata casando a los testigos!

—¿Que yo he casado a los testigos? ¡Horror! ¡Horror! — gritó el cura.

Comenzó a dar gritos, y en el momento en que el ladrón salía por la ventana, aparecieron unos guardias, quienes se llevaron al sujeto a la Comisaría a dar cuenta de sus fechorías.

El buen sacerdote al quedar a solas se mesaba los pelos de punta. ¿Qué había hecho? Los que se creían verdaderamente ca-

sados no lo estaban en realidad, pues les había bendecido un ladrón y en cambio los testigos eran afectivamente los contrayentes.

Loco de desesperación llamó a don Sebastián Gómez, el padre de Beatriz.

Le explicó por teléfono lo que sucedía.

—Señor... señor... Y su hija salió para el Gran Hotel creyendo estar casada con Paco Tomares. ¡Y no lo está!

Lanzó el padre una terrible maldición y se dispuso a ir hacia el hotel donde su hija podía ser angañada.

Al Gran Hotel habían llegado ya los protagonistas de aquella farsa.

Ignoraban, naturalmente, Lucrecia y Redondo que estuvieran realmente casados...

¡Oh, si el joven Redondo lo hubiese sabido! ¡Con los deseos que tenía de ser el propietario de aquella linda sobrinita postiza!

Cenaron todos en el "restorán" y luego llegó el instante supremo de despedirse. En rápido consejo coincidieron todos en pasar la noche en el hotel. Lucrecia mandó recado a su tía que no la esperara hasta el día siguiente. También Travieso y el joven Redondo se aposentaron en el magnífico establecimiento.

El hojalatero se decía a cada momento que la vida era realmente un sueño. A

seguir siendo audaz... ¡Gracias... al bom-
bín!

Los novios fueron á su habitación. Paco Tomares era novísimo a pesar de sus años en todos los trances del amor. Así emocionado al ver a su lindísima mujer, que no era su mujer, pareció faltarle la respiración y dijo contemplando a Beatriz que le miraba con los ojos de carnero degollado:

—Perdona un momento... voy a comprar cigarrillos.

Salió al corredor. Estaba nervioso, frenético... Vió pasar al detective del hotel, un sujeto que sospechaba hasta de su sombra... y continuó caminando nervioso por el pasillo.

De pronto vió a Redondo y entró con él en su habitación para pedirle consejo:

—Amigo mío, usted que es un tío... y ha pasado usted el trance, permítame que le haga algunas preguntas...

Y habló de sus dudas al bueno de Redondo que le contestó cumplida y audazmente como el hombre despreocupado a quien no producen impresión cosas semejantes.

Luego ya más animado con tales palabras y con un buen traguito de vino en el estómago que el joven le diera, volvió a la habitación de su esposa.

Redondo le acompañó hasta la puerta de

la alcoba y como en aquel instante vieron aparecer con aire amenazador y terrible al detective del hotel y a un señor viejo que Tomares dijo era el padre de Beatriz, ambos se metieron en la habitación conyugal.

Beatriz se hallaba en el cercano tocador. Enloquecido de miedo ante el aspecto de su suegro, Tomares se escondió debajo de la cama y Redondo, distraído, se metió en el tálamo nupcial.

No tardó en aparecer Beatriz emocionada y pudorosa y metiése en el lecho. Cerca estaría su marido... Tuvo un susto enorme cuando al retirar la sábana vió que quien estaba allí era Orestes K. Latero.

Lanzó un grito de horror... Redondo saltó al ver aquella mujer en camisa y por una habitación contigua salió a otro corredor, desapareciendo como un gamo.

El padre de Beatriz con el detective llamó a la puerta. El verdadero Tomares salió de debajo de la cama abrazando a su esposa. En fin, ¿qué les importaba de todos modos que les viesen? No eran marido y mujer?

Abrieron la puerta y el padre de Beatriz se dirigió iracundo hacia su hija:

—¡Mala hija, pécora!... Ya te arreglaré yo mañana...

—Pero, papá... si Paco Tomares es mi marido...

—Tu marido, ¿eh? ¡Y un rábano! Lo que es el mayor sinvergüenza que ha nacido.

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada! ¡Que os casó un falso sacerdote y que no estáis casados realmente!

—¡Ay, qué miedo!

La pudibunda Beatriz cayó desvanecida en brazos de su padre, quien se la llevó de allí mientras el pobre Paco Tomares maldecía aquella dolorosa noche de bodas.

Y pasó la noche sin nuevos incidentes... Lucrecia durmió tranquilamente en la habitación del hotel mientras Redondo y el joven Travieso, que deseaba casarse con la joven, lo hacían en otras habitaciones.

Al día siguiente ocurrieron acontecimientos importantes.

El fresco de Travieso que había barruntado algo anormal en la manera de comportarse de Redondo se frotó las manos de gusto al leer un telegrama que acababa de recibir.

Fué al comedor, al encuentro de la bella Lucrecia, fresquita ya como una rosa, y le dijo:

—Acabo de hacer un descubrimiento... Debe usted salir de este Hotel inmediatamente. La están engañando...

—Sobre qué?

—Mandé un telegrama a Australia y acabo de recibir las señas del verdadero Late-

ro; ese otro hombre, que se dice su tío, es un importor. Ese pelele del bombín es un farsante.

—¡Oh, no puedo creerlo! — dijo ella horrorizada. — Déjeme que le llame. Quiero que él lo desmienta...

Y la muchacha, asustada por lo que oía, llamó por teléfono al cuarto de Redondo. Este acababa de despertar y meditaba sobre su situación. Era preciso hablar, confesar la verdad... ¡Estaba tan enamorado de la dulce y postiza sobrinita!

—Dígame — preguntó —, ¿no es usted mi tío?

El joven tembló... El aparato estuvo a punto de escapársele de las manos. ¡Todo estaba descubierto!

—No... no soy su tío... pero...

—Infame!

Y se echó a llorar con el desconsuelo de haber sido engañada. Travieso aprovechó aquel momento para decirle:

—Deje a ese miserable... Usted ya sabe que la quiero, Lucrecia... Tengo pasajes reservados para Nueva York y podemos casarnos a bordo.

Enloquecida y deseosa de olvidar aquella farsa, aceptó lo que le proponía Travieso. Pero ella apenas quería a ese hombre.

Y partieron hacia el barco, después de escribir Lucrecia unas líneas para el falso tío.

Redondo salió de su habitación y en el hall encontró a Beatriz, a Tomares, al padre de Beatriz y al verdadero sacerdote que ya les había puesto al corriente de la equivocación sufrida. Era preciso casar de nuevo a Beatriz y a Tomares pues no lo estaban en realidad y en cambio lo habían sido por error Redondo y Lucrecia.

—¿Yo casado realmente con Lucrecia? — dijo el joven. — ¡Lucrecia mi mujer! ¡Bendita sea mi estampa! ¿Y dónde está ella, donde está?

Corrió al bureau y el empleado le comunicó que Lucrecia había partido unos momentos antes con Travieso.

—He oído hablar de que se casarían a bordo en viaje a Nueva York... Además ha dejado una carta para usted.

Redondo devoró aquel papel:

“Falso tío... Salgo para Nueva York en el vapor Alexandre para casarme con Roberto Travieso. Adiós para siempre.

Lucrecia.”

—¡Qué locura! ¡Qué horror! ¡Mi esposa casándose con otro hombre!

En aquel momento apareció el verdadero señor Orestes K. Latero, que venía a hospedarse en el hotel. Al ver que escribía su nombre en el libro registro, el joven Redondo le dijo maravillado:

—¿De modo que usted es el tío de Lucrecia?

—Sí, sí... señor...

—Pues corra usted conmigo al vapor Alexandre antes de que se cometan una desgracia. Lucrecia va a casarse con otro hombre y está casada conmigo sin saberlo.

Y le explicó lo que había ocurrido, pidiéndole perdón por la suplantación involuntaria de su personalidad.

—¿De modo que está usted casado con mi sobrina?

—Sí, sí.

—Pues corrámos allá...

Apareció el bobo de Bob, el aprendiz de Redondo que buscaba a su señorito, extrañado de su larga ausencia. Iba acompañando de una negra con la que se quería casar. Rayito de sol... virgencita de las nieves, la llamaba Bob, que era un bromista.

—Ven tú también — le dijo Redondo. — Pronto!

Y los cuatro corrieron a una lancha embarcando en dirección al vapor que salía ya del puerto.

No tardaron en llegar junto al trasatlántico y Redondo encarámándose por unas cuerdas llegó a bordo en el momento en que sobre cubierta el capitán don Fulgencio Casares iba a celebrar la boda entre Lucrecia y Travieso.

Cuando el capitán iba a bendecirles, apa-

Próximo número:

La emocionante novela

LA CARAVANA DEL ORO

por Anna Q. Nilsson, Lionel Barrymore,
Marceline Day, Robert Frazer, etc.

**GRAN EXITO de las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
de la conmovedora novela**

EL CAPITAN SORRELL.

Superproducción de los ARTISTAS ASOCIADOS

Reparto sin rival;

H. B. Warner, Anna Q. Nilsson, Carmel Myers, Lionel Barrymore, Nils Asther, Alice Joyce, Norman Trevor, Mary Nolan, Mickey Mc. Ban.

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

B.